

El líder postmoderno

Todo líder efectivo debe ser capaz de empatizar con las personas y de señalarles salidas oportunas ante la presión y los desafíos que se les presenten en la vida. Su liderazgo se nutre de las experiencias vividas y del análisis concienzudo de los fracasos y los éxitos de los demás.

Ofrece un liderazgo motivador que se basa en escuchar a los demás y que demanda paciencia. Requiere trazar lineamientos a seguir en base a la realidad, por ejemplo, cuando se avanza muy a prisa o al perseguir sueños poco realistas.

Otros necesitan un confesor, es decir, un hombro en el cual recostar su cabeza; alguien que pueda escuchar sus más privadas confesiones y que a la vez les haga sentir que sus secretos están a salvo. Cuando el líder reúne estas características, las personas simplemente deciden confiar. Las iglesias necesitan de esta clase de liderazgo efectivo que no juzgue a los demás, que no sea justiciero y que no represente el peligro de que lo que reciba salga de él, que lo publique en la junta de iglesia, ¡o en *Facebook*!

Esta clase de liderazgo maduro solo se obtiene de una comunión constante con la Palabra de Dios. El mismo Jesucristo vivió este tipo de liderazgo. Podemos observarlo inmutable cuando sus seguidores le hacían peticiones fuera de lo común. Cuando le propusieron que orara para que descendiera fuego del cielo sobre los infieles, él respondió: «Ustedes no saben de qué espíritu son» (Luc. 9: 55, RVC).

Vemos también a Elías en el momento crucial en el que envía a su siervo siete veces para ver si había alguna nube (ver 1 Rey. 18: 44). Un líder maduro se compromete, primero él, y sirve de modelo para aquellos que están en su círculo de acción. El liderazgo maduro entiende que los errores no se corrigen usando la fuerza o el poder de la autoridad, porque eso solo hace que las personas postmodernas se cierren mentalmente hacia la autoridad. El líder

maduro trabaja desde la perspectiva bíblica, pues «con misericordia y verdad se corrige el pecado» (Prov. 16: 6).

Finalmente, es necesario un liderazgo espiritual. Cuando hablamos de espiritualidad, en realidad estamos hablando de santidad y este es un requisito indispensable para disfrutar de la felicidad que surge del compañerismo con Dios. Definitivamente, no podemos ser espirituales sin el Espíritu Santo. Cuando él inunda nuestro corazón, nos sentimos motivados a prestar un servicio activo y eficiente para nuestro Dios.

Muchos líderes ocupan su tiempo en toda clase de actividades para Dios y se olvidan de disfrutar tiempo en oración con él. Cuando decimos que no tenemos tiempo para orar, en realidad estamos diciendo que no tenemos tiempo para ser cristianos.

El líder espiritual orienta a los que están bajo su esfera de acción; pero puede hacerlo partiendo de dos enfoques. El primero es el enfoque del «hazlo así», en el que aconseja según a él le convenga; es decir, en base a ciertos intereses egoístas en la mayoría de los casos. El segundo enfoque se basa en el verdadero sentido de la amonestación, y nace de un corazón espiritual que busca que el otro entre en razón, pues necesita mejorar ciertas prácticas, hábitos y líneas de pensamiento que lo alejan de la patria celestial. Este último enfoque solo puede llevarse a cabo por un hombre de Dios que reconozca el peligro, que entienda que no es con ejército ni con fuerza, sino con el Espíritu de Dios (ver Zac. 4: 6). ¿Qué clase de liderazgo ejerce usted en la iglesia del Señor? Basándonos en esta realidad, no olvidemos que hoy en día es importante mantener el equilibrio en relación a cómo orientar a las personas.

*Pr. Daniel Durón,
Unión de Honduras*